

14 EL DIOS QUE NO CAMBIA

LA INMUTABILIDAD DIVINA ESTÁ RELACIONADA CON SU ETERNIDAD (que someramente tratamos en el Capítulo nueve) pero no son idénticas. La eternidad de Dios significa que Dios siempre ha existido y que siempre existirá; no hubo nada antes que él, y no habrá nada después. La inmutabilidad de Dios (el hecho de que Dios no cambia) significa que Dios es siempre el mismo en su ser eterno.

Fácilmente podemos comprender esto. Y sin embargo, esta característica separa al Creador de su criatura más superior. Dios es inmutable a diferencia de todo el resto de su creación. Todo lo que conocemos es cambiante. El mundo material cambia, y no solamente en un sentido circular, como los griegos lo creían -de manera que todas las cosas eventualmente se transformaban y volvían a su estado original- sino más bien en un sentido de agotamiento, como lo indica la ciencia. Por ejemplo, si bien este deterioro se extiende por un período muy extenso en el tiempo y es difícil de apreciar, el sol constantemente está disipando su energía y acabará por enfriarse. La tierra también se deteriora. Sustancias muy complejas y activas como los elementos radioactivos se transforman en otras menos activas. Los recursos diversos y abundantes de la tierra son escasos. Las especies pueden extinguirse y algunas ya se han extinguido. En un nivel individual, los hombres y las mujeres, nacen, crecen, maduran y, finalmente, mueren. Nada de lo que nosotros conocemos perdura para siempre.

Si nos referimos al hombre la mutabilidad se debe al hecho de que somos criaturas caídas y separadas de Dios. La Biblia habla de los impíos siendo "como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto" (Is. 57:20). Judas se refiere a ellos como "nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos", como "estrellas errantes" sin una órbita (Jud. 12-13). Pero la dimensión moral de la inestabilidad de los humanos resulta muy clara en la reacción de las masas hacia el Señor Jesucristo. Una semana estaban gritando: "Hosanna al Hilo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" y a la semana siguiente estaban gritando: "¡Fuera con éste! ¡Crucifícale!"

No podemos confiar en la naturaleza humana, pero sí podemos confiar en Dios. Él es inmutable. Su naturaleza es siempre la misma. Su voluntad es incambiable. Sus propósitos son seguros. Dios es el punto fijo en un universo agitado y en proceso de deterioro. Santiago, después de haber hablado sobre los errores y los pecados humanos, agrega que "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las Luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Esta misma perspectiva es compartida por el profeta Malaquías, quien en uno de los últimos versículos del Antiguo Testamento afirma: "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos" (Mal. 3:6).

NO CAMBIA

Cada uno de los versículos recién mencionados nos hablan de la inmutabilidad de Dios en su ser esencial. Es decir, siendo perfecto, él nunca es distinto a sí mismo. Para que un ser moral cambiara, sería necesario que cambiara en una de dos direcciones. Cambiar de algo malo en algo mejor, o cambiar de algo bueno en algo peor. Debería ser obvio que Dios no puede moverse en ninguna de estas direcciones. Dios no puede transformarse en algo mejor, ya que esto implicaría que antes era imperfecto. Si hablamos de su justicia, a modo de ejemplo, significaría que antes era menos justo, y por lo tanto pecaminoso. Si hablamos de su conocimiento, implicaría que antes no conocía todo y por lo tanto era ignorante. Por otro lado, Dios no puede transformarse en algo peor. En dicho caso se transformaría en algo menor a lo que ahora es, se convertiría en algo pecaminoso o imperfecto.

La inmutabilidad de Dios como se nos presenta en las Escrituras, sin embargo, no es lo mismo que la inmutabilidad de "dios" mencionada por los filósofos griegos. En el pensamiento griego, la inmutabilidad significaba no sólo la no posibilidad de cambio sino la imposibilidad de verse afectado de cualquier modo por cualquier cosa. El término griego para referirse a esta característica primaria de "dios" era *apatheia*, de donde proviene la palabra "apatía". *Apatia* significa indiferencia, pero el término griego

engloba aún más que esa idea. Implica la imposibilidad de experimentar cualquier emoción. Los griegos creían que un "dios" poseía esta característica porque de lo contrario estaría sujeto a un poder sobre él, podría ser impulsado al enojo, al gozo, o a la congoja. Dejaría de ser absoluto y soberano. Es así que el "dios" de los filósofos (aunque no de las mitologías más populares) era un dios solitario, aislado y sin compasión.

Como filosofía todo esto está muy bien, por supuesto. Es muy lógico. Pero no es lo que Dios revela sobre sí mismo en las Escrituras, y por lo tanto, debemos rechazarlo no importa lo lógico que parezca ser. El punto de vista bíblico nos dice que Dios es inmutable, pero que sin embargo es afectado por la obediencia, el destino o el pecado de sus criaturas.

Brunner escribe:

Si es cierto que existe la Misericordia de Dios y la Ira de Dios, entonces Dios, también, es "afectado" por lo que le acontece a sus criaturas. No es como esas divinidades platónicas que son despreocupadas, y por lo tanto, inmovibles por todo lo que acontece en la tierra, y que siguen su camino en el cielo sin mirar a su alrededor, sin tomar en consideración lo que está ocurriendo en la tierra. Dios "mira alrededor" -a Dios le importa lo que le acontece a los hombre y las mujeres- está preocupado por los cambios en la tierra.¹

Un ejemplo primario de esto lo tenemos en el Señor Jesucristo quien, aunque era Dios, sin embargo lloró sobre la ciudad de Jerusalén y en la tumba de Lázaro.

UNA VERDAD PERTURBADORA Y CONSOLADORA

La inmutabilidad de Dios también es aplicable a sus atributos. El Catecismo Abreviado de Westminster define a Dios como "un Espíritu, infinito, eterno e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad". Dios es el dueño de todo el conocimiento y la sabiduría, y siempre poseerá toda la sabiduría. Él es soberano y siempre será soberano. Él es santo y siempre será santo. Él es justo y siempre será justo; es bondad y siempre será bondad; es verdadero y siempre será verdadero. No hay nada que pueda suceder que pueda alguna vez disminuir alguno de estos atributos de Dios.

Esta verdad tiene dos facetas: es perturbadora para aquellos que están en rebelión contra Dios y es de gran consolación para aquellos que lo han conocido a través de Cristo. Lo primero es obvio luego de lo que hemos estado diciendo en los últimos tres capítulos. Si es cierto que al hombre natural la soberanía, la santidad y la omnisciencia de Dios le resultan difíciles de aceptar, el hecho de que Dios no cambie le resulta aun más perturbador. Las personas que no son salvas no estarían tan molestas por la soberanía de Dios si pudieran pensar que un día Dios se transformaría en menos soberano y el individuo adquiriría más autonomía. Sería posible imaginarse un día en el que este individuo, o la raza humana, reemplazaran a Dios. Tampoco estaría tan molesto al pensar en la santidad de Dios si pudiera concebir un tiempo en que Dios fuera menos santo, y que lo que ahora considera pecado, dejara de considerarlo pecado, e ignorara la culpa. O, si Dios se pudiera olvidar, la maldad que podríamos hacer no sería tan grave ya que con el tiempo se borraría de la memoria de Dios. Pero la inmutabilidad de Dios significa que Dios siempre será soberano, siempre será santo, siempre será omnisciente. Como consecuencia, todo saldrá a la luz y será juzgado delante de él.

La otra faceta de esta doctrina es con respecto al creyente. Para nosotros es de gran consuelo. En este mundo la gente se olvida de nosotros, incluso cuando hemos trabajado duro y hemos sido de servicio para ellos. Ellos cambian su actitud hacia nosotros de acuerdo a los dictados de sus necesidades y las circunstancias. Muchas veces son injustos (como también nosotros lo somos a veces). Pero Dios no es así. Por el contrario, la actitud que tiene ahora hacia nosotros es la misma que tuvo en la eternidad pasada y que tendrá en la eternidad futura. El Padre nos amará hasta el fin, como fue dicho sobre Jesús: "sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, *los amó hasta el fin*" (Jn. 13:1).

Tozer nos habla de la consolación que encontramos en la inmutabilidad de Dios.

¡Qué paz trae al corazón cristiano saber que nuestro Padre celestial nunca cambia. Cuando nos acercamos a él no tenemos por qué preguntarnos si hoy estará con ganas de recibirnos. Él está siempre abierto a nuestras miserias y necesidades, como a nuestro amor y nuestra fe. No cumple un horario de oficina, ni tiene períodos en los que no recibe a nadie. Tampoco cambia de parecer con respecto a nada. Hoy, en este mismo instante, siente hacia todas sus criaturas, los bebés, los enfermos, los caídos, los pecadores, lo mismo que sintió cuando envió a su unigénito Hijo al mundo para morir por la humanidad. Dios nunca cambia de humor, ni su afecto por nosotros se enfría, ni pierde su entusiasmo.²

Tenemos aquí gran consolación. Si Dios cambiara como cambian sus criaturas, si hoy deseara una cosa y mañana otra distinta, ¿quién podría confiar en él o ser animado por él? Nadie. Pero Dios es siempre el mismo. Siempre lo hallaremos como se reveló a sí mismo en la persona de Cristo Jesús.

SUS PLANES NO CAMBIAN

Los propósitos y los planes de Dios también son inmutables. Nosotros solemos cambiar nuestros planes. En ocasiones, nos ha faltado tomar todas las provisiones para anticipar todo lo que podía ocurrir, o nos ha faltado el poder para ejecutar lo que nos propusimos. Pero Dios no es como nosotros. "Su sabiduría es infinita, no puede haber errores en la concepción de (sus planes); su poder es infinito, no puede haber fallas en su implementación".³

"Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?" (Nm. 23:19). El arrepentirse implica la revisión de los planes de acción, pero Dios nunca lo hace. Sus planes se realizan sobre la base de un conocimiento perfecto, y su poder perfecto hace posible la ejecución de los mismos. "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Sal. 33:11). "Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado" (Is. 14:24). "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:9-10). Salomón escribió: "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá" (Pr. 19:21).

¿Cuáles son las consecuencias de la inmutabilidad de Dios? Primero, si los propósitos de Dios no cambian, entonces *los propósitos con respecto a Cristo no cambiarán*. Su propósito es glorificarlo. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11).

Resulta, entonces, necio resistir la gloria de Cristo. Podemos hacerlo ahora, como hay muchos que lo hacen, pero se aproxima el día cuando aun los que no lo consideran como el Señor de sus vidas tendrán que confesar que Jesús es el Señor. En estos versículos, la palabra traducida "confesar" (*exhomologeó*) significa más "reconocer" que "confesar con agradecimiento". Se la usa, por ejemplo, para el reconocimiento o la confesión del pecado, y cuando Judas conviene con los principales sacerdotes en traicionar a su maestro. Es en este sentido de reconocimiento que esta palabra es usada con respecto a los que se han rebelado contra la autoridad y la gloria de Cristo en esta vida. Lo han rechazado aquí, pero deberán reconocerlo allí. No confesarán que "Jesucristo es el Señor" con alegría, pero deberán confesarlo mientras son desterrados de su presencia para siempre.

Segundo, *los propósitos de Dios para su pueblo redimido no cambiarán*. Su intención es hacerlos a la imagen de Jesucristo (como ya vimos en el Capítulo trece) y traerlos sin peligro a su presencia al final de su peregrinar en este mundo. En la epístola a los Hebreos, se nos dice que las promesas que Dios hizo a Abraham sirven para demostrar la naturaleza de las promesas que Él nos ha hecho a nosotros:

Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es, imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asimos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo" (He. 6:13-19).

El propósito de Dios es traer a los suyos al disfrute pleno de su herencia prometida, a la esperanza. Para que puedan conocer esto y tener la seguridad de ello, lo ha confirmado con un juramento inmutable. Cada hijo de Dios redimido debería tomar aliento al conocer este propósito.

Por último, *los propósitos de Dios para los malvados no cambiarán*. Su propósito es juzgarlos y eso es lo que hará. Dios "de ningún modo tendrá por inocente al malvado" (Ex. 34:7). Hay muchos otros pasajes que nos hablan, y en forma muy vívida, del juicio propiamente dicho. La inmutabilidad de los juicios de Dios debería servir de advertencia a todos aquellos que todavía no se han vuelto al Señor Jesucristo como su Salvador y debería servir para acercarlos a él mientras todavía hay esperanza.

La inmutabilidad de Dios también significa que la verdad de Dios no cambia.

Los hombres muchas veces dicen cosas que no quieren decir en realidad, simplemente porque no conocen sus propios pensamientos; o quizás, porque sus pareceres también cambian, se encuentran con que no pueden sustentar las mismas opiniones que sostuvieron en el pasado. Todos, alguna vez, hemos tenido que revertir nuestros dichos, porque la cruda realidad los refutó. Las palabras de los hombres son inestables. Esto no sucede con las palabras de Dios. Ellas permanecen para siempre, como expresiones válidas de su mente y sus pensamientos. No hay circunstancias que le hagan revertir sus dichos; no hay cambios en su manera de pensar que hagan necesario enmendar lo que ha dicho. Isaías escribió: "toda carne es hierba... la hierba se seca... mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre"⁴ (Is. 40:6-8).

Los cristianos debemos estar firmes sobre la palabra y las promesas de nuestro Dios inmutable. Las promesas de Dios no son "reliquias de un tiempo pasado", como señala Packer, sino la revelación válida por la eternidad de la mente y la voluntad de nuestro Padre celestial. Sus promesas no se modificarán. Un hombre o una mujer sabia deben poner sus cimientos sobre esta verdad.

Notas

1. Brunner, *The Christian Doctrine of God*, p. 268.
2. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 59.
3. Charles Hodge, *Systematic Theology*, vol. 1 (London: James Clarke & Co., 1960), p.390.
4. Packer, *Knowing God*, p. 70.